

Aparecía sobre el mundo de un modo intermitente y oscuro, evadiéndose sucesivamente por diversos escondites.

Se iba adornando con ricos mantos de encaje y *blondas*.

Y todo le *estaba bien*.

Se engalanaba en silencio y de noche, como una coqueta sería que se pone lo mejor para esperar á alguien que llega ó á alguien con quien va á verse.

Su luz cayó de lleno sobre Piedad.

Aquellos rayos *perlados* bajaron á vestir de novia á la muchacha.

Alzó los ojos, y *se vió* en la luna como la luna se había visto en ella.

Fué aquella una mirada mutua, llena de vago misterio.

Un visionario hubiera visto no sé qué mirada de inteligencia en aquella mirada entre un astro y una jóven.

Aquella ventana, aquellos árboles, aquellas luces, aquel fragmento de panorama, en fin, *hicieron* en Antonio una impresion singular y profunda.

Vió todo aquello como un fragmento de la altura, dilatado hasta allí con sus astros, con sus reflejos, con sus nebulosas.

Piedad y la luna reflejaban una luz tomada de una fuente invisible.

Eugenia y el sol estaban ocultos.

Vió Antonio aquellos ojos alzarse al cielo, llenos de una azul humedad.

Aquel seno envuelto en brumosas gasas.

Suspiró con ternura, murmurando de nuevo un

— ¡Cuán linda es Eugenia! — y á quien veía era á Piedad.

De Eugenia no podía percibirse sino una sombra perfectamente destacada sobre una suave penumbra.

Aquella noche Piedad apareció á los ojos de Antonio, ostentándose solo en su cuarto menguante.

Se había interpuesto «el mundo,» «la tierra,» entre aquel astro de felicidad y aquel extravagante astrónomo del corazón, y el astro iba desapareciendo poco á poco.

El vestido blanco de Eugenia arrebolaba entre aquellas sombras.

Aquella ventana, en su lado derecho ostentaba un O. E. y al opuesto un *Levante*.

Alboraba por el lado opuesto no sé qué de *mañana*.

Por adentro bailaban de un modo, por decirlo así, frenético.

Reinaba en aquella sala la locura.

Las dos muchachas no hacían caso, al parecer, del baile.

Ambas comenzaron á agitar sus pañuelos, haciéndose aire á la cara.

Entonces se difundió un perfume intenso y delicioso.

Se desapareció primero un olor de violeta.

Después se impregnó el ambiente de ese aroma voluptuoso que usan las beldades americanas y que tiene este nombre apremiante:

Kiss me quickly.

«Bésame pronto.»

Aquello, pues, era enteramente peligroso para la organización nerviosa y soñadora de Antonio.

Se estremeció de un intenso placer al recibir en la cara las ondas perfumadas, misteriosas, como el hálito de la más seductora quimera.

Se pobló instantáneamente su imaginación de sílfides claras y oscuras, pero bellas en extremo.

Cayó en la dulce enervación de los sentidos, cuando los sentidos se han excitado con algo verdaderamente grato y, por decirlo así, *espiritual*.

— Sería bueno *irnos yendo* — le dijo Máximo en voz muy baja.

Pero entonces Antonio fué quien no hizo caso.

—¿Piensas estar aquí toda la noche?

Siempre silencio.

Máximo sacó su pañuelo, lo puso extendido sobre el suelo y se sentó sobre él.

Eugenia y Piedad empezaron á hablar algo.

Pero era imposible percibir lo que decían, y los jóvenes desde su escondite no pudieron oír una sola palabra.

Lo impedía, por otra parte, el estruendo que ocasionaba en la sala aquel turbion de hombres y mujeres saltando á compás de la música.

En Antonio había el verdadero arrobamiento.

Pocos momentos despues pasó á concretarse un poco mas.

Fué á dar á una especie de delirio expresado por soliloquios.

Máximo pensaba ó calculaba no sabemos qué.

Podríamos fácilmente suponerlo.

Pensaba, por ejemplo, en que habían pasado muchos años de trabajo continuo para él, y él no progresaba sino de un modo tardío y lento.

Que había tenido que suspender su trabajo, y en consecuencia sus progresos habían quedado en una alarmante suspensión.

Esto era espantoso, y Máximo se exasperaba.

Pero á los pocos momentos aquel doble monólogo se convirtió en un simple diálogo.

—Merecía *cosa* mejor— murmuró Máximo rompiendo el silencio por cualquiera parte, y aludiendo probablemente al poco éxito de sus desvelos.

—Y yo quien me comprendiera— contestó Antonio.

—Lo creo difícil.....

—¿Difícil?.....

Y al pronunciar la última palabra, en el tono interrogatorio que hemos indicado, tuvo lugar una singular coincidencia.

De entre la parte sombría se desprendieron unas palabras pertenecientes á la conversacion de Piedad y Eugenia, pero que vinieron á formar una respuesta para la palabra interrogatoria de Antonio.

—*Nada difícil*— pronunciaron en la sombra.

Aquella casualidad sorprendió agradablemente á Antonio.

—*Yo no espero*— murmuró Piedad.

—*Yo sí*— contestó Eugenia.

¿Qué conversacion sostenian aquellas jóvenes, y sobre qué objeto?

Jamás hemos podido saberlo, y solo si podremos asegurar hasta la evidencia que se creían absolutamente solas, y que ni una ni otra se ocupaban lo mas mínimo de Antonio ni de Máximo.

El baile había cesado, y el viento soplabá de un modo manso, pero suficiente para imprimir en las copas de los árboles un suave vaiven, perdiéndose entre sus ramas en un apacible murmullo.

Antonio escuchó aquel rumor de los árboles como si varios grupos de amigos viejos se estuviesen *secretando* alguna noticia que le interesase.

Consideró á la esperanza como una joven hermosa que envuelta en rayos de luna, bajaba á decirle al oído cosas muy misteriosas, pero muy agradables.

Suspiró, sintiendo al suspirar que no sé qué peso muy grave se le quitaba de encima.

En el cielo había una nube escotada de un modo irregular y caprichoso.

Antonio siguió el contorno de aquella nube y lo halló muy semejante al retrato fotográfico de Eugenia, si la joven hubiese sido *sacada* de perfil.

Le pareció que todos los arbustos *de por* San Cosme se in-

clinaban, felicitándole por alguna buena fortuna que aun le era desconocida.

Se volvió durante aquel rato de éxtasis, sublimemente loco. Perdónesenos tal concepto.

Su imaginacion avanzó precipitándose de tal manera, que escribió mentalmente sobre aquellos espacios azules este borrador, dirigido á la creacion entera:

Antonio y Eugenia participan á vd. su union, y se ofrecen á sus órdenes en el Paraíso, &c.

Recordó que siendo muy jóven, Eugenia en San Angel le habia visto.

Y que él, tras la negra pupila de Eugenia, habia vislumbrado un cielo de amor, de fuego, de felicidad.

Antonio habia conocido desde luego á las dos muchachas, sin saber que Máximo no habia fijado en ellas su atencion.

Pudo atraer las miradas del segundo una mujer envuelta en carnes que bailaba con entusiasmo en aquella sala, abrazada á un Pepe cualquiera, y que hacia volar sin escrúpulo la voluptuosa falda de su traje de tertulia y exhibia sin el menor inconveniente un par de gordos piés metidos en botines blancos, y un par de magníficas piernas color de rosa.....

Nada mas.

En cuanto á Antonio, creia en los presentimientos y los tenia.

Habia soñado hasta el absurdo con la felicidad presunta de su matrimonio con Piedad, y bajo su soplo ardiente habia hecho agitarse las mas bellas aunque las mas quiméricas flores conyugales, las mas poéticas y floridas cunas de inverosímiles querubines con cabecitas de rosa y oro; habia hecho volar los crespones mas púdicos que velaran el pecho mas bello y mas casto; y al despertar á la verdad bajo las presiones brutales de la vida real, habia llorado, sin consuelo, es cierto, sobre el

cadáver de una ilusion, pero no sobre los escombros de la esperanza.

Esa noche, al oir las palabras misteriosas que contestaran tan de acuerdo á la palabra «dificil» referida á la existencia de un objeto que pudiese *comprenderle*, envolvió la resolucion de un problema de felicidad para mañana en toda una cuestion de fe.

Era, sin duda, lógico en Antonio creer, y creyó sin saber ni por qué.

Apoyó sus creencias en una noble conjetura, y esperó.

«Es, pues, la fe la sustancia de las cosas que se esperan, la demostracion de las cosas *que no se ven*,» dice San Pablo en su capítulo 11.

Y Antonio *halló* esa noche claramente demostrado, que en aquella sombra habia algo que le perteneceria y á quien él mismo pertenecia, pues que sentia pertenecerle.

Este *algo* era Eugenia.

Antonio creyó y esperó segun San Pablo.

Y al creer y esperar, sintió un consuelo sin duda muy semejante al del incrédulo Pedro, cuando el Salvador le dijo:

«Hombre de poca fé, ¿por qué dudaste?»

Y es que *aun no habia venido la hora* de Antonio, por mas que *su reino no fuese* de este mundo.

Cuando la luna hubo alumbrado lo bastante, se apagó.

Cuando aquellos muchachos hubieron visto, oido y pensado lo necesario, se separaron de allí.

LXLVIII.

Por aquellos dias vivian unidos bajo el mismo techo.

Las extravagancias de Antonio tenian un carácter cada dia mas alarmante.

Máximo le *dejaba hacer*, sin contrariarle en lo mas mínimo; pero creia de buena fé que su amigo se volvia loco.

Se hablaban solamente por las tardes, esto es, una que otra en que se reunian para dar sus paseos por San Cosme.

Por regla general, las conversaciones eran á media noche ó cerca del amanecer, cuando Antonio se retiraba de sus excursiones nocturnas, prolongadas, sospechosas, inexplicables para Máximo.

Este instaba algunas ocasiones á Antonio para que se consagrara á trabajar y á hacer algo.

Antonio entonces le contestaba con la mayor melancolía: —¿Para qué, ó para quién?

Y esta respuesta derramaba la bñlis de Máximo.

—Este infeliz se va á hundir; murmuraba apesadumbrado.

Aquel género de vida le era insoportable.

Para Antonio era indiferente.

El primero seguia consumiéndose entre sus cálculos, sus números y sus proyectos.

El segundo seguia poblando los espacios de su imaginacion de sílfides inverosímiles, y acordándose de la mujer de la Sombra y de la mujer de la Luz.

Entonces empezó á procurar distraerse y romper la monotonía de su vida, y empleó para ello el absurdo.

Lo imposible es una región adonde van á buscar algo nuevo las almas gastadas por las miserias de la vida.

Empezó por buscar emociones y agitacion.

Pretendió probarse á sí mismo que nada hay de horroroso ni deforme en una calavera.

Que el perfume de las rosas es veneno.

Pensó, de un modo puramente especulativo, en la subversion de todos los principios de la moral, de la sociedad, etc.

Cuando encontraba en la calle alguna muchacha decente, llena de pudor y circunspeccion, solia decir:

—Esa no se maneja con franqueza. ¡Quién sabe por qué se irá muriendo!

Se precipitó, en fin, en todas las contradicciones posibles, solamente por divertirse.

Conducia atrevidamente á los *troncos* de los carruajes de alquiler.

Pensó volverse aeronauta, y empezó á construir un aerótato fabulosamente grande.

Le ocurrió atravesar el Golfo de México en una cáscara de nuez cualquiera.

Aprender el manejo y conduccion de las locomotóras.

Provocar duelos á muerte y buscar la muerte en los duelos.

Le ocurrió todo, en fin, menos seguir fastidiándose.

É igualmente le ocurrió no pensar en Piedad en lo sucesivo.

¡Piedad!...

Qué equivocacion, qué absurdo, qué mentira tan real y qué realidad tan mentirosa!

La ampliacion de objetos en un sentido especulativo, puede curar, aunque con mayor ó menor dificultad, ese mal gravísimo que se llama *idea fija*.

Nuestro jóven debió á su buen destino el aperebirse de que estaba acometido de ese mal, é iba que volaba para formar un caso.

Esto es, que estaba en los tres cuartos y catorce minutos para volverse loco.

Ya lo parecia.

Pensó del modo mas serio ni llegar á serlo ni seguir pareciéndolo.

Mientras él sufría, y suspiraba, y se desesperaba á solas del modo mas intelectual, mas caballeroso y quijotesco, ella

seguía cantando y bailando, coqueteando acaso con todo el mundo, y sin dársele un ardite de aquella víctima romancesca que había tenido la ocurrencia de sacrificarle todo!....

¡Oh! ¡qué pedazo de pobre diablo se veía Antonio cuando le ocurrían tales ideas!

Pero despues las desechaba todas, y con el alma henchida de una cristiana resignacion, murmuraba:

— ¡Paciencia! ¡Paciencia! ¡No nos convendría!....

Y se ponía á pensar en los hoyuelos que se formaban en los morenos carrillos de Eugenia cuando la jóven reía.

Al formar el paralelo de ambas jóvenes, veía en aquel negocio un lado lleno de lo que el mundo llama inmoralidad.

El ángel, á quien hubiera Antonio dado blancas alas y diadema de oro, había descendido y le había hecho descender hasta la más humilde prosa.

La mujer se le volvía ángel!....

¡Sarcasmo!....

Apuntó aquella época, pasada ya, de decepciones y desencanto, en las páginas negras de sus noches de duelo, de exasperacion y de un humillante martirio!....

Había visto que del cielo le bajaba volando una estrella.

Al caer se le tornó un cardo.

El amor es un acto espontáneo é indeliberado, un resultado efectivo de una exigencia del corazon. Un gérmen de virtud y de grandeza es el amor.

Hay un Dios remunerador de tales actos.

Hay un cielo de placer y felicidad, y ese cielo es el premio del amante.

Aquellas jóvenes eran un azar, y aquel hombre un jugador del corazon.

Había ido todo á un error, y le había salido una monstruosidad á la puerta.

Eugenia había aparecido como un *accésit* y volaba á ser el premio de un corazon.

Piedad hizo lo mismo.

Pero el premio en que Piedad quiso constituirse no fué para Antonio; fué toda, única, sola y exclusivamente para su padre.

Le pagaba con una usura su amor, sus sacrificios y su abnegacion!

Hizo sus confidencias á Eugenia.

Le contó aquellos amores que tanto le habían dado que hacer.

Desplegó ante los ojos de la jóven morena y linda, un cuadro completo de ilusiones desvanecidas, como le hubiera enseñado un carton de Rembrandt echado á perder.

— No es posible — le decía; — *este señor* no quiere ser más que poeta ó literato; *no hay forma* de que se reciba de abogado; y así todo acabó. ¡Todo!....

Aquella jóven había recibido de manos de su padre, el frio lente al través del cual veía cómo son las pobres flores de la felicidad y de la vida.

Las cuestiones de porvenir hacen estreñecerse á las sílfides más intelectuales, más aéreas, más vagas.

¡El porvenir!

¿Quién se precipita á sangre fria en ese mas allá, que unas veces se presenta á nuestra vista como una serie de risueñas colinas y amenas praderas, y otras como una dilatada sucesion de negras y lóbregas mazmorras?

¡Precipitad á una niña en el acaso!

Horrorizada, sin fuerzas, caerá muerta en el vestíbulo.

El orgullo de Diógenes es puramente mitológico.

¡Se remonta á unos tiempos en que pasaban tales cosas!

El Genio desnudo viviria hoy como un objeto sublime, como una copia de lo antiguo, como un *algo* enteramente pagano y

digno de quedar adornando solo, sin aplicacion ni utilidad, el pú dico retrete de la mas ruborosa inglesa.

El Genio de levita vieja, es el *histoire de rire* del mundo, la caricatura grotesca de toda la sociedad, el *clown* de todos los círculos.

La sociedad entera hace del talento desgraciado un envoltorio de trapos viejos y de ideas nuevas, y lo pone en un rincon.

Si Diógenes hubiera nacido en el siglo XIX, no encendiera por cierto su consagrada linterna para buscar á un hombre ó á una mujer.

Buscaría simplemente una levita, ó se vería condenado á *correr parejas* con ese desgraciado expendedor de hierros viejos á quien todos conocemos bajo el nombre de *Chencho el de las tenazas*.

Y sin embargo, Pelletan y otros muchos dicen:

El mundo avanza!

— Ah! Ya comprendo! — dijo una vez Antonio, después de pensar lo anterior.

Ya comprendo!

Debo empezar por disfrazarme de nuevo.

¿De qué me vestiré?

De todo, de nada, de cualquiera cosa que no sea de lo que soy realmente.

Esto es, no debo vestirme de pobre!

El orgullo de Diógenes es puramente metafísico.

El Genio de levita vieja hoy como un objeto estúpido, como una copia de lo antiguo, como un vago entretenimiento pagano y

UNA ROSA Y UN HARAPO.
— ¿Por qué no soy como todos? — se preguntaba Antonio con las lágrimas que caían de sus ojos.
— ¿Por qué no he sido como todos? —
— ¿Por qué he sido como todos? —
— ¿Por qué he sido como todos? —
— ¿Por qué he sido como todos? —

CAPÍTULO XVI.

LA ROSA Y LA CALAVERA.

LXIIIX.

¡Perdonadnos, ¡oh lectores! nuestras repetidas antítesis y nuestra incesante manía por todo lo contrastante!

Hemos tomado lecciones de vida «á peso de oro» y el mandarnos sujeta á un examen público.

Haced de cuenta, ¡oh queridos lectores! que lo que sigue es una confidencia emitida á cada uno de vosotros en secreto y perfectamente á solas.

Nuestro corazon se rehusaba á completar este estrambótico bouquet, y nosotros raras ocasiones sabemos oponernos á las sugestiones de nuestro corazon.....

Habia llegado la época de crisis para Antonio.

Esa época en la que el hombre naufraga en medio de la sociedad, sin saber nadar.